

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: La carretera abierta (2/12)

—Ratita —dijo de pronto Topo una brillante mañana de verano—, si te parece, quiero pedirte un favor.

Rata estaba sentada en la orilla del río, cantando una pequeña canción. Acababa de componerla él mismo, por lo que estaba muy absorto en ella y no prestaba atención al Topo ni a ninguna otra cosa. Desde temprano en la mañana había estado nadando en el río, en compañía de sus amigos los patos. Y cuando los patos se ponían de cabeza de repente, como hacen los patos, él se zambullía y les hacía cosquillas en el cuello, justo por debajo de donde tendrían la barbilla si los patos las tuvieran, hasta que se veían obligados a salir a la superficie a toda prisa, salpicando, enfadados y sacudiendo las alas, pues es imposible decir todo lo que se siente cuando se tiene la cabeza bajo el agua.

Finalmente le imploraron que se fuera y atendiera sus propios asuntos y los dejara a ellos ocuparse de los suyos. Entonces Rata se marchó, y se sentó en la orilla del río bajo el sol, e inventó una canción sobre ellos a la que llamó:

“PEQUEÑA CANCIÓN DE LOS PATOS”

A lo largo del remanso,
entre juncos dando saltos,

los patos se zambullen,
¡todos con la cola en alto!
Colas de pato, colas de pato,
amarillos pies temblando,
Picos amarillos ocultos,
¡en el río buceando!

Verde maleza fangosa
donde nadan cucarachas,
aquí guardamos nuestra despensa
fresca, llena y ancha.
¡A cada uno lo que le gusta!
Disfrutamos de estar
cabeza abajo, cola arriba,
¡zambullirnos sin cesar!

En lo alto del cielo azul
colibríes a los saltos,
Todos nos zambullimos
¡todos con la cola en alto!

—No sé si me gusta mucho esa cancioncilla, Rata —
observó Topo con cautela. Él no era poeta y no le
importaba quién lo supiera; y tenía un carácter sincero.

—Tampoco a los patos —replicó Rata alegremente—.
Dicen, “¿por qué no se les permite a los compañeros
hacer lo que quieran cuando quieran y como quieran, en
lugar de que otros compañeros se sienten en la orilla, los
miren todo el tiempo y hagan comentarios y poesía y
cosas sobre ellos?”.

—Así es, así es —dijo Topo, con gran efusividad.

—¡No, no lo es! —gritó Rata indignada.

—Bueno, entonces no lo es, no lo es —respondió Topo, tranquilizador—. Pero lo que quería preguntarte era si me llevarías a visitar al Sr. Sapo. He oído hablar tanto sobre él que tengo muchas ganas de conocerlo.

—Claro que sí —dijo Rata tranquilizadamente, poniéndose de pie de un salto y olvidándose de la poesía por ese día—. Saca el bote y remaremos hasta allí de inmediato. Nunca es mal momento para llamar a Sapo. Tarde o temprano, siempre es el mismo. Siempre de buen humor, contento de verte y apenado cuanto te vas.

—Debe ser un animal muy simpático —observó Topo, mientras subía al bote y tomaba los remos y Rata se acomodaba en la popa.

—De hecho, es el mejor de los animales —respondió Rata—. Tan sencillito, bondadoso y afectuoso. Tal vez no sea muy inteligente, no todos podemos ser genios, y puede que sea presumido y engreído. Pero Sapito tiene grandes cualidades.

Al doblar en un brazo del río, llegaron a la vista de una hermosa y digna casa vieja de ladrillo rojo suavizado, con césped bien cuidado que llegaba hasta la orilla del agua.

—Allí está el Salón de Sapo —dijo Rata—; y ese arroyo a la izquierda donde el tablón de anuncios dice “Privado. No se permite desembarcar”, conduce a su cobertizo para botes, donde dejaremos el bote. Los establos están allí a la derecha. Ese que estás viendo ahora es el salón de banquetes, muy antiguo. Sapo es bastante rico, ¿sabes?, y ésta es realmente una de las casas más

bonitas de esta parte, aunque nunca se lo admitimos a Sapo.

Remontaron el arroyo, y Topo movió sus remos al pasar a la sombra de un gran cobertizo para botes. Aquí vieron muchos hermosos barcos, amarrados de las vigas cruzadas o levantados en una amarra, pero ninguno en el agua; y el lugar tenía un aire desierto de desuso.

Rata miró a su alrededor:

—Entiendo. Navegar ya no es lo que le gusta. Está cansado y ya ha terminado con eso. Me pregunto qué nueva moda habrá adoptado ahora. Vamos a buscarlo. Pronto nos enteraremos de todo.

Desembarcaron y pasearon por el alegre césped adornado de flores en busca de Sapo, a quien encontraron descansando en una silla de jardín de mimbre, con una expresión de preocupación en el rostro y un gran mapa extendido sobre las rodillas.

—¡Hurra! ¡Esto es espléndido! —gritó, saltando al verlos. Estrechó calurosamente las patas de ambos, sin esperar que le presentaran a Topo—. ¡Qué amables son! Estaba a punto de enviar un bote río abajo a buscarte, Ratita, con órdenes estrictas de que te trajeran aquí de inmediato, sea lo que sea que estuvieran haciendo. Los quiero mucho, a los dos. ¿Qué van a tomar? ¡Entren y tomen algo! No saben la suerte que tienen de aparecer justo ahora.

—Vamos a sentarnos un ratito, Sapito —dijo Rata, arrojándose en un sillón, mientras Topo tomaba otro lugar a su lado y hacía algún comentario cortés sobre la “encantadora residencia” de Sapo.

—La mejor casa de todo el río —gritó Sapo alborotadamente—. O de cualquier lado —no pudo evitar añadir.

Aquí Rata le dio un codazo al Topo. Desgraciadamente lo vio y se puso muy colorado. Hubo un momento de silencio incómodo. Entonces sapo se echó a reír:

—Está bien, Ratita —dijo—, es sólo mi estilo, ya sabes. Y no es una casa tan mala, ¿verdad? Sabes que a ti también te gusta. Ahora, mira. Seamos sensatos. Ustedes son los animales que yo quería. Tienen que ayudarme. ¡Es muy importante!

—Es sobre tu forma de remar, supongo —dijo Rata, con aire inocente—. Lo estás haciendo bastante bien, aunque todavía chapoteas un poco. Con mucha paciencia, y cualquier cantidad de entrenamiento, puedes...

—¡Oh, caca! ¡Remar! —interrumpió sapo, muy disgustado—. Tonta diversión infantil. Hace tiempo dejé eso. Pura pérdida de tiempo, eso es lo que es. Me da mucha pena verlos a ustedes, que deberían saberlo, gastando todas sus energías de esa manera sin sentido. No, he descubierto lo verdadero, la única ocupación genuina para toda la vida. Me propongo dedicarle el resto de la mía, y sólo puedo lamentar los años desperdiciados detrás de mí, malgastados en trivialidades. Ven conmigo, Ratita, y tu amable amigo también, si es tan amable, sólo hasta el establo, ¡y verás lo que verás!

Se dirigió al establo, y Rata lo siguió con expresión de desconfianza; y allí, al salir de la cochera, vieron una caravana gitana, reluciente de novedad, pintada de amarillo canario con reflejos verdes y ruedas rojas.

—¡Ahí estás! —gritó sapo, poniéndose a horcajadas y expandiéndose—. Ahí está la vida real para ti, personificada en ese pequeño carro. El camino abierto, la carretera polvorienta, el páramo, la pradera, los arbustos, las colinas ondulantes. ¡Campamentos, aldeas, pueblos, ciudades! Hoy aquí, mañana en otro lugar. ¡Viajes, cambios, interés, emoción! El mundo entero ante ti, y un horizonte siempre cambiante. Y fíjate, ese es el mejor carro de su clase que se haya fabricado jamás, sin excepción. Entren a ver los arreglos. Los planeé todos yo mismo.

Topo estaba tremendamente interesado y excitado, y lo siguió ansiosamente escaleras arriba hasta el interior de la caravana. Rata sólo resopló y se metió las manos en los bolsillos, quedándose donde estaba.

Era, en efecto, muy compacta y cómoda. Pequeñas literas para dormir, una mesita que se plegaba contra la pared, una cocina, armarios, estanterías, una jaula con un pájaro dentro, y ollas, sartenes, jarras y teteras de todos los tamaños y variedades.

—Todo completo —dijo triunfante sapo, abriendo un armario—. Ya ves: galletas, langosta en conserva, sardinas; todo lo que puedas desear. Agua con gas por aquí, panecillos por allá, papel de cartas, tocino,



mermelada, cartas y dominó... ya verán —continuó, mientras bajaban de nuevo los escalones—, ya verán que nada ha quedado olvidado cuando nos pongamos en marcha esta tarde.

—Disculpa —dijo Rata muy despacio, mientras masticaba una pajita—, pero, ¿te he oído decir algo sobre “nosotros”, “en marcha” y “esta tarde”?

—Ahora, querida Ratita —dijo Sapo, implorante—, no empieces a hablar de esa manera rígida y sarcástica, porque sabes que tienes que venir. No puedo arreglármelas sin ti, así que, por favor, considéralo resuelto y no discutas; es lo único que no soporto. ¿No pretenderás quedarte en tu viejo y aburrido río toda la vida y vivir en un agujero en un banco, y remar? ¡Quiero mostrarte el mundo! Voy a convertirte en un animal, muchacho.

—No me importa —dijo Rata tenazmente—. No iré, está decidido. Y sí, voy a quedarme en mi viejo río, viviré en un agujero y remaré como siempre lo he hecho. Es más, Topo me acompañará y hará lo que yo haga, ¿verdad, Topo?

—Por supuesto —dijo Topo, lealmente—. Siempre estaré a tu lado, Rata, y lo que tú digas tiene que ser... tiene que ser. De todos modos, parece que podría haber sido... bueno, bastante divertido, ¿sabes? —añadió con melancolía.

¡Pobre Topo! La Vida Aventurera era algo tan nuevo para él, y tan emocionante; y este nuevo aspecto era tan tentador; y se había enamorado a primera vista del carro color canario y de todos sus pequeños accesorios.

Rata vio lo que pasaba por su mente y vaciló. Odiaba defraudar a la gente, y quería mucho al Topo, y haría casi cualquier cosa por complacerlo. Sapo los observaba atentamente a ambos.

—Entremos, vamos a almorzar —dijo diplomáticamente—, y hablaremos de ello. No hace falta que decidamos nada precipitadamente. Por supuesto, no me importa. Solo quiero complacerlos a ustedes. “¡Vivir para los demás!”. Ese es mi lema en la vida.

Durante el almuerzo, que por supuesto fue excelente, como lo era todo en el Salón de Sapo, sapo simplemente se dejó llevar. Haciendo caso omiso a Rata, procedió a tocar al inexperto Topo como un arpa. Naturalmente un animal voluble, y siempre dominado por su imaginación, pintó las perspectivas del viaje y las alegrías de la vida al aire libre y el borde del camino con colores tan brillantes que Topo apenas podía sentarse en su silla por la emoción. De alguna manera, pronto pareció darse por sentado entre los tres que el viaje era cosa hecha; y Rata, aunque todavía no estaba convencida en su mente, permitió que su buen carácter se impusiera a sus objeciones personales. No podía soportar decepcionar a sus dos amigos, que ya estaban inmersos en planes y anticipaciones, planeando la ocupación de cada día durante varias semanas.

Cuando estuvieron completamente listos, el ahora triunfante Sapo condujo a sus compañeros al prado y los puso a capturar al viejo caballo gris quien, sin haber sido consultado, y para su extrema molestia, había sido reprendido por Sapo para el trabajo más polvoriento de

esta polvorienta expedición. Francamente, prefería el prado y le gustaba que lo atraparan. Mientras tanto, Sapo llenaba aún más los armarios con artículos de primera necesidad, y en el fondo del carro colgaba morrales, redes para cebollas, manojos de heno y cestas. Finalmente pusieron los arreos y ensillaron al caballo, y se pusieron en marcha hablando todos a la vez, cada animal caminando a duras penas junto al carro o sentado en el eje, según su humor. Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban era rico y satisfactorio; de los espesos huertos que había a ambos lados del camino, los pájaros los llamaban y silbaban alegremente; los caminantes de buen carácter que pasaban junto a ellos les daban los "buenos días" o se detenían para decirles cosas agradables sobre su hermoso carro; y los conejos, sentados a sus puertas en los arbustos, levantaban las patas delanteras y decían: "¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Por Dios!".

A última hora de la tarde, cansados, felices y a kilómetros de casa, se detuvieron en un remoto lugar lejos de las viviendas; soltaron al caballo para que pastara y comieron su sencilla cena sentados en el césped junto al carro. Sapo hablaba fuerte sobre todo lo que iba a hacer en los días venideros, mientras las estrellas crecían más y más a su alrededor, y la luna amarilla, que aparecía repentina y silenciosamente de ningún lado en particular, venía a hacerles compañía y escuchar su charla. Por fin se acostaron en sus literas del carro; y Sapo, estirando sus piernas, decía:

—¡Buenas noches, amigos! Esta es la verdadera vida para un caballero. ¡Hablen de su río!

—Yo no hablo de mi río —respondió la paciente Rata—.

Sabes que no, Sapo. Pero pienso en él —añadió patéticamente, en un tono más bajo—. ¡Pienso en él todo el tiempo!

Topo sacó la mano de debajo de la manta, palpó la pata de Rata en la oscuridad y le dio un apretón.

—Haré lo que quieras, Ratita —susurró—. ¿Nos escapamos mañana por la mañana, muy temprano, y volvemos a nuestro viejo y amado agujero en el río?

—No, no, veremos —susurró Rata—. Muchas gracias, pero debo quedarme con Sapo hasta que termine este viaje.

No sería seguro para él que lo dejemos solo. No durará mucho. Sus caprichos nunca lo hacen. Buenas noches.

El final estaba más cerca de lo que Rata sospechaba.

Después de tanto aire libre y excitación, sapo durmió muy profundamente, y ninguna sacudida pudo sacarlo de la cama a la mañana siguiente. Así que Topo y Rata se pusieron manos a la obra, en silencio y con

determinación, y mientras Rata se ocupaba del caballo,

encendía el fuego, limpiaba las tazas y fuentes de la noche anterior y preparaba el desayuno, Topo se dirigía

al pueblo más cercano, muy lejos de allí, en busca de leche, huevos y otras necesidades que sapo, por

supuesto, se había olvidado de proporcionar. El duro trabajo había terminado y los dos animales estaban

descansando, completamente exhaustos, cuando Sapo apareció en escena, fresco y alegre, comentando lo

agradable y fácil que era la vida que llevaban ahora,

después de los cuidados, preocupaciones y fatigas de las tareas domésticas en casa.

Aquel día dieron un agradable paseo por praderas y estrechas sendas, y acamparon como antes, en un lugar común, sólo que esta vez los dos huéspedes se encargaron de que Sapo hiciera su parte de trabajo. En consecuencia, cuando llegó el momento de partir a la mañana siguiente, Sapo no estaba tan entusiasmado con la simplicidad de la vida primitiva, y de hecho intentó volver a su litera, de donde fue arrastrado a la fuerza. Su camino pasaba, como antes, a través del campo por estrechos senderos, y no fue hasta la tarde que salieron a la carretera, su primera carretera; y allí les sobrevino un desastre, rápido e imprevisto, un desastre trascendental para su expedición, pero simplemente abrumador en su efecto sobre la carrera posterior de Sapo.

Iban paseando tranquilamente por la carretera, Topo junto a la cabeza del caballo, hablándole, pues el caballo se había quejado de que lo dejaban terriblemente de lado, y nadie le hacía el menor caso; sapo y Rata de Agua caminaban detrás del carro hablando juntos, al menos sapo hablaba, y Rata decía a intervalos: "Sí, precisamente; ¿y qué le has dicho?", y pensando todo el tiempo en algo muy distinto, cuando a lo lejos, detrás de ellos, oyeron un débil zumbido de advertencia; como el zumbido de una abeja lejano. Mirando hacia atrás, vieron una pequeña nube de polvo, con un oscuro centro de energía, avanzando hacia ellos a una velocidad increíble, mientras desde el polvo un

débil "¡Tuut-tuut!" gemía como un animal inquieto y dolorido. Apenas le prestaron atención y se volvieron para reanudar su conversación, cuando en un instante (según parecía) la pacífica escena cambió, y con una ráfaga de viento y un torbellino de sonido que les hizo saltar hacia la zanja más cercana, ¡estaba sobre ellos! El "Tuut-tuut" sonó con un grito descarado en sus oídos, tuvieron una visión momentánea de un interior de relucientes y ricos cristales marruecos, y el magnífico coche a motor, inmenso, que cortaba la respiración, apasionado, con su piloto tenso y abrazando su rueda, poseyó toda la tierra y el aire durante una fracción de segundo, arrojó una envolvente nube de polvo que los cegó y envolvió por completo, y luego se redujo a una mota en la lejanía, convirtiéndose de nuevo en una abeja zumbadora.

El viejo caballo gris, soñando, mientras avanzaba a paso lento en su tranquilo prado, con una nueva y cruda situación como esta, simplemente se abandonó a sus emociones naturales. Encabritándose, hundiéndose, retorciéndose constantemente; a pesar de todos los esfuerzos de Topo en su cabeza, y de todo su lenguaje vivaz dirigido a sus mejores sentimientos, condujo el carro hacia atrás, hacia la profunda zanja al lado del camino. Se tambaleó un instante, luego hubo un choque desgarrador, y el carro color canario, su orgullo y su alegría, yacía de lado en la zanja, una ruina irremediable.

Rata bailaba arriba y abajo en el camino, simplemente transportada por la pasión:

—¡Villanos! —gritó agitando ambos puños—.

¡Sinvergüenzas, salteadores de caminos! ¡Los denunciaré!
¡Los llevaré ante todos los tribunales!

Su nostalgia se le había ido de las manos, y por el momento era el capitán de un barco color canario que se hundía en un banco de arena por el temerario juego de los marineros rivales, y trataba de recordar todas las cosas bonitas y crueles que solía decir a los capitanes de las lanchas de vapor cuando sus aguas, al acercarse demasiado a la orilla, inundaban la alfombra del salón de su casa.

Sapo se sentó derecho en medio del polvoriento camino, con las piernas estiradas hacia delante, y miró fijamente en dirección al coche que desaparecía. Respiraba entrecortadamente, su rostro mostraba una plácida expresión de satisfacción, y a intervalos murmuraba débilmente "¡Tuut-tuut!".

Topo estaba ocupado intentando calmar al caballo, cosa que consiguió al cabo de un rato. Luego fue a ver el carro, de lado en la zanja. Era un espectáculo lamentable. Paneles y ventanas destrozados, ejes doblados sin remedio, una rueda fuera, latas de sardinas esparcidas por el ancho mundo, y el pájaro en la jaula sollozando lastimosamente y pidiendo que lo dejaran salir.

Rata vino a ayudarlo, pero sus esfuerzos unidos no fueron suficientes para enderezar el carro.

—¡Hola! ¡Sapo! —gritaron—. Ven y echa una mano, ¿puedes?

Sapo no contestó ni una palabra, ni se movió de su asiento en el camino; así que fueron a ver qué le pasaba. Lo encontraron en una especie de trance, con una sonrisa de felicidad en el rostro y los ojos fijos en la estela polvorienta de su destructor. A intervalos todavía se le oía murmurar "¡Tuut-tuut!".

Rata lo sacudió por el hombro.

—¿Vienes a ayudarnos, Sapo? —le preguntó con severidad.

—¡Gloriosa y conmovedora vista! —murmuró Sapo, sin atinar a moverse—. ¡La poesía del movimiento! La verdadera forma de viajar. La única forma de viajar. Hoy aquí, mañana en la próxima semana. Pueblos salteados, pueblos y ciudades pasados, ¡siempre el horizonte de otro! ¡Oh, dicha! ¡Oh, Tuut-tuut! ¡Oh, cielos! ¡Oh, madre mía!

—¡Oh, deja de hacerte el imbécil, Sapo! —gritó Topo con desesperación.

—¡Y pensar que nunca lo supe! —continuó sapo en un sueño monótono—. Todos esos años perdidos que quedaron atrás, nunca supe, ni siquiera lo soñé. Pero ahora que lo sé, ¡ahora que me doy cuenta! Qué camino florido se extiende ante mí, de ahora en adelante. ¡Qué nubes de polvo se levantarán detrás de mí cuando siga mi temerario camino! ¡Qué de carros arrojaré descuidadamente a la zanja al paso de mi magnífico ataque! Horribles carretas, carretas comunes, carretas de color canario.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Topo a Rata de Agua.

—Nada en absoluto —respondió Rata firmemente—. Porque en realidad no hay nada que hacer. Verás, lo conozco hace mucho tiempo. Ahora está poseído. Tiene una nueva manía, y siempre lo lleva por ese camino, en su primera etapa. Seguirá así durante días, como un animal que camina un sueño feliz, completamente inútil a todos los efectos prácticos. No te preocupes por él. Vamos a ver qué se puede hacer con el carro.

Una cuidadosa inspección les mostró que, incluso si lograban enderezarlo ellos mismos, el carro ya no viajaría. Los ejes estaban en un estado calamitoso, y la rueda que faltaba estaba hecha pedazos.

Rata anudó las riendas del caballo sobre su lomo y lo tomó por la cabeza, llevando en la otra mano la jaula de pájaros y su histérico ocupante.

—¡Vamos! —le dijo sombríamente al Topo—. Hay cinco o seis millas hasta el pueblo más cercano, y tendremos que caminarlas. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—Pero ¿qué pasa con Sapo? —preguntó Topo ansiosamente, mientras partían juntos—. No podemos dejarlo aquí, sentado solo en medio del camino, en el estado de distracción en que se encuentra. No es seguro. ¿Y si viniera otra cosa?

—Oh, Sapo molesto —dijo Rata salvajemente—, ¡he terminado con él!

No habían avanzado mucho en su camino, sin embargo, cuando hubo un golpeteo de pies detrás de ellos, y Sapo los alcanzó y metió una pata dentro del codo de cada

uno de ellos; todavía respirando entrecortadamente y mirando fijamente al vacío.

—¡Mira, Sapo! —dijo bruscamente Rata—. En cuanto lleguemos al pueblo, tendrás que ir directamente a la comisaría y ver si saben algo sobre ese coche, a quién pertenece, y presentar una denuncia en su contra. Y luego tendrás que ir a un herrero o a un carretero y arreglar el carro. Llevará tiempo, pero no será imposible. Mientras tanto Topo y yo iremos a una posada y encontraremos habitaciones cómodas donde podamos quedarnos hasta que el carro esté listo, y hasta que tus nervios se hayan recuperado de la conmoción.

—¡Policía! ¡Denuncia! —murmuró sapo somnoliento—. Yo denunciar esa hermosa, esa celestial visión que me ha sido concedida. ¡Arregla el carro! He terminado con los carros para siempre. No quiero volver a ver el carro ni oír hablar de él. ¡Oh, Ratita! ¡No sabes cuanto te agradezco que hayas aceptado venir a este viaje! No habría ido sin ti, y entonces nunca habría visto ese... ¡ese cisne, ese rayo de sol, ese relámpago! Nunca habría oído ese fascinante sonido, ni olido ese aroma hechizante. Te lo debo todo a ti, mi mejor amigo. Rata se apartó de él, desesperada.

—¿Ves lo que es? —le dijo al Topo, dirigiéndose a él por sobre de la cabeza de Sapo—. No tiene remedio. Me rindo; cuando lleguemos a la ciudad iremos a la estación de ferrocarril y, con suerte, tomaremos un tren que nos lleve a la orilla del río esta noche. Y si alguna vez vuelves a encontrarme jugueteando con este animal provocador... —resopló, y durante el resto de aquel

fatigoso camino, dirigió sus comentarios exclusivamente al Topo.

Al llegar a la ciudad fueron directamente a la estación y depositaron a Sapo en la sala de espera de segunda clase, dando a un mozo dos peniques para que lo vigilara estrictamente. Luego dejaron el caballo en el establo de una posada y dieron las indicaciones que pudieron sobre el carro y su contenido. Finalmente, un lento tren los condujo a una estación no muy lejana de Salón de Sapo, escoltaron al hechizado y sonámbulo Sapo hasta su puerta, lo metieron dentro y le ordenaron a su ama de llaves que le diera de comer, lo desvistiera y lo metiera en la cama. Luego sacaron su barca del cobertizo, remaron río abajo hasta llegar a casa, y a una hora muy tardía se sentaron a cenar en su acogedora sala ribereña, para gran alegría y satisfacción de Rata.

A la tarde siguiente, Topo, que se había levantado tarde y se había tomado las cosas con calma durante todo el día, estaba sentado en la orilla pescando cuando Rata, que había estado buscando a sus amigos y chismeando, vino paseando a buscarlo.

—¿Has oído las noticias? —dijo—. No se habla de otra cosa a lo largo de toda la orilla del río. Sapo subió al pueblo en un tren temprano esta mañana. Y ha encargado un coche grande y muy caro.